

EL ANTI-MODERNISMO DEL POETA EMILIO FERRARI

§ 1.—Se aludía en mi artículo *Algunas referencias sobre el anti-Modernismo español*¹ a la cerrada postura anti-modernista que en todo momento mantuvo el poeta post-romántico y discípulo de Núñez de Arce, Emilio Ferrari (1850-1907). Trato ahora de documentar cumplidamente semejante actitud.

§ 2.—Acaso la primera muestra pública de tal enemiga sean los versos que llevan por título *La nueva estética*—(aparecidos en *Blanco y Negro*, n.º correspondiente al día 28 de Junio de 1891)—y que constituyen una breve, leve y nada precisa semblanza de las tendencias literarias innovadoras que por entonces comenzaban a dar claras señales de vida.

¹ Publicado en *Archivum*, págs. 311-333 del t. III (1953). Alusiones en las páginas 313, 315-316, 319, 324, 325, 327 y 330.

LA NUEVA ESTÉTICA

Un día, sobre asuntos de la clase,
firmaron las gallinas un *uckase*,
y desde el Sinaí del gallinero
promulgaron su ley al mundo entero.

Disponíase allí, por de contado,
que el vuelo de las águilas robusto
debe ser condenado
como un cursi lirismo de mal gusto;
que, en vez de labrar nidos en la altura,
se escarbe, sin cesar, en la basura;
que, para dilatar los horizontes,
ras con ras decapítense los montes,
y dejando al nivel todo Himalaya,
del muladar que en su corral domina,
en adelante, no haya
más vuelos que los vuelos de gallina.

Esto el volátil bando
decretó, la invención cacareando.
Mas, a pesar del alboroto, infiero
que la gente después, según costumbre,
siguió admirando al águila en la cumbre
y echando las gallinas al puchero. ²

La segunda muestra pública de esta enemistad quizá sea el soneto *Receta para un nuevo arte*, que en algún momento, cuando inédito, se llamaba *Modernismo pasado por agua* (Vid. la ilustración adjunta). Es poema mucho más derechamente fustigador.

² Págs. 103-104 de *Por mi camino*, tomo I de las Obras Completas de Emilio Ferrer. Madrid, 1908.

Moderno procedo por agua

Mejense sin cuento a la ventura
el sago la neurasi, el delirio

Titania, el sueno, Satanias, el lirio
la tibébula, el ponche y la esustora.

~~Se debe en~~ Se debe en Se debe en Se debe en
Se debe en Se debe en Se debe en Se debe en

palidez áurora y hoy de cirio,

de á estruet y a Randeleis martino,

y lengua y rima pingame en tortura.

Parad después la mezcolanza espera

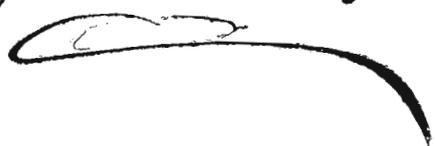
por el ambigue a la tesera vana.

de un cardo azul de la titiana tesera;

y tendrán en esuela sobesano

que es Góngora vestida a la francesa

y pingado en complota americana



RECETA PARA UN NUEVO ARTE

Mézclense sin concierto, a la ventura,
el *lago*, la *neurosis*, el *delirio*,
Titania, el *sueño*, *Satanás*, el *lirio*,
la *libébula*, el *ponche* y la *escultura*;

disuélvanse en helénica tintura
palidez auroral y *luz de cirio*,
dese a *Musset* y a *Baudelaire* martirio,
y lengua y rima pónganse en tortura.

Pasad después la mezclanza espesa
por alambique a la sesera vana
de un bardo *azul* de la última remesa,

y tendréis esa jerga soberana
que es *Góngora* vestido a la francesa
y pringado en compota americana.³

En 1893, una sociedad literaria denominada «La Academia» convoca en Madrid un certamen para premiar «la mejor composición poética de carácter religioso»; *Prometeo*, poema debido a Manuel de Sandoval, obtiene el galardón. En 1895 se publica la obra del novel autor, que prologa Emilio Ferrari, poeta ya consagrado, quien aprovecha la oportunidad que se le brinda para escribir encendidas y no poco desorbitadas palabras contra el «desvarío reinante» en la lírica coetánea. Se lamenta Ferrari de que en la más joven promoción poética española se deje «sentir demasiado el influjo perturbador y anárquico del desvarío reinante, que suele seducir su inexperiencia [la de los escritores jóvenes]. No es difícil observar cómo por todas partes en nuestro ambiente malsano la aberración y el mercantilismo en singular contubernio danse a procrear estupendas novedades en que el arte, vestido de arlequín

³ Pág. 205 de *Por mi camino*, idem, idem.

como saltimbanqui de feria, detiene en las plazuelas a la muchedumbre de papanatas ilustrados, el peor y el más presuntuoso de los vulgos, por medio de abigarrados *tatuajes*, de contorsiones y dislocamientos inauditos; absurdos o simplezas más empeñada y calurosamente comentados cuanto más oscuros e insignificantes, males casi siempre adquiridos por contagio de un pueblo contra el que nos opusimos ayer en gloriosa epopeya, y al cual hoy *nos abrimos incautamente*; cuyos ejércitos rechazamos, para entregarnos a la conquista de sus charlatanes, y del que ni siquiera copiamos las virtudes y energías, sino las quejumbres, desfallecimientos e histerismos...»⁴.

A medida que el tiempo va pasando e imponiéndose las dichas novedades, diríase que crece y se intensifica la repulsa que Emilio Ferrari les profesa desde siempre. La arremetida pública última, la más sonora y mordiente asimismo, fué su discurso de ingreso en la Real Academia Española, leído el domingo 30 de abril de 1905.

§ 3.—Emilio Ferrari es elegido académico de la Española el jueves 17 de noviembre de 1898.

El día 21 de junio de este año muere en Madrid D. Manuel Tamayo y Baus. Para sucederle en el sillón académico se barajan varios nombres, el de Ferrari entre ellos. Menéndez Pelayo muestra interés por Emilio Cotarelo y se lo recomienda a Valera: «Como supongo que ya habrán empezado a presentarse candidatos para la vacante académica de Tamayo, no quiero ser perezoso en recomendar a usted con especial ahinco el nombre de Cotarelo»⁵, pero Valera está comprometido con Ferrari: «Con muchísimo gusto daría yo mi voto al Sr. Cotarelo para el sillón académico, vacante por muerte de Tamayo, pero un compromiso previo no lo consiente ya. He prometido, si no votar a Emilio Ferrari, ya que en último resultado tendré que seguir a la mayoría, hacer cuanto esté

⁴ Manuel de Sandoval, *Prometeo*, poema. Con una carta prólogo de Don Emilio Ferrari. Madrid, 1895. Págs. 4-5.

⁵ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*, pág. 536. Madrid, 1946.

a mi alcance por que la mayoría se declare en favor de dicho candidato. Me parece que usted mismo ha de hallar que Ferrari merece ser de la Academia. A pesar de cuanto *Clarín* ha dicho en contra de Ferrari, es uno de los pocos elegantes y discretos poetas líricos que tenemos hoy. Por otra parte, yo temo que pronto habrá ocasión, aun llenando con Ferrari la vacante de Tamayo, de que también demos asiento a Cotarelo entre los inmortales»⁶.

El fallecimiento del académico D. Pedro de Madrazo vino a resolver la cuestión. D. Marcelino votará a Ferrari: «Siendo ya dos las vacantes, no tengo inconveniente en votar para la otra a Ferrari, que en medio de la actual penuria lírica, no es de lo peor, aunque ha hecho muy poco, y creo que no ha de hacer mucho más»⁷. D. Juan dará su voto a Cotarelo: «Hoy le escribo para decirle que ya puede contar con mi voto en favor de Cotarelo. La muerte de D. Pedro Madrazo allana la dificultad con que tropezaba yo para dar a usted gusto. Ahora hay dos vacantes, y si no hago yo la tercera o la cuarta, puede usted contar conmigo para votar a Cotarelo después de haber cumplido con Ferrari»⁸. Y los dos, o los cuatro tan contentos. «Mucho me alegro—escribe Valera a D. Marcelino⁹—de que esté usted de acuerdo conmigo en votar a Ferrari y Cotarelo para las dos vacantes que hay en la Academia Española. Sobre puntos literarios usted y yo estamos siempre, antes de hablar o de escribir, en perfectísimo acuerdo. No tengo, pues, que decir que pienso de Ferrari lo mismo que usted piensa; pero al cabo, a pesar de las burlas de nuestro amigo *Clarín*, los pocos versos que Ferrari ha escrito son de los mejores que ahora se escriben».

Tiene Ferrari excelentes valedores, su candidatura para académico anda en buenas manos y por buen camino. Uno de los valedores es D. Victor Balaguer; días antes de la elección escribía al interesado, (carta inédita hasta hoy):

⁶ *Epistolario* .. págs. 537-538.

⁷ *Epistolario*..., pág. 541.

⁸ *Epistolario*..., pág. 542.

⁹ *Epistolario*..., pág. 544.

Mi ilustre amigo: Creo que su candidatura está asegurada. Ayer hablé con varios compañeros. Algunos tenían el firme propósito de votar a V., Núñez de Arce y Valera por ejemplo, Palacio, etc.

Prometiéronme el voto Benot, Fernández González, Sellés y Casa Valencia.

A Valera y a Núñez de Arce se lo ofrecieron Echegaray y otros.

Tengo por muy segura su elección. No aventuro nada adelantome a ofrecerle mi pláceme más cariñoso.

Suyo, admirador y amigo

V. Balaguer.

La carta que sigue —también inédita— es de D. Emilio Castelar:

Madrid 21 Octubre 1898

Sr. D. Emilio Ferrari.

Mi querido amigo: Muchas gracias por su atenta carta felicitándome por el restablecimiento de mi salud, agradeciéndole mucho sus buenos deseos. En cuanto al asunto de la Academia Española ya sabe V. que cuenta con mi voto según le tengo ofrecido hace tiempo y no solo mi voto doy con gusto sino también el de aquellos amigos sobre quien yo tengo influencia dentro de aquella casa.

Ya sabe V. que siempre soy su buen amigo affmo. y s. s.

q. b. s. m.

Emilio Castelar.

D. Gaspar Núñez de Arce, en carta de 22 de octubre participa a Ferrari que «en la junta del jueves en la Academia presentamos en la mesa, firmada por Balaguer, Palacio y yo la propuesta a favor de V. de la plaza vacante por fallecimiento de Tamayo. Como la sesión, según reglamento, no podía consagrarse a otra cosa que a hacer el elogio del pobre Barrantes, que recientemente ha muerto, no podrá darse cuenta oficial de la propuesta presentada hasta la junta próxima. No creo que ofrezca dificultad la elección de V., que deberá celebrarse en el mes de noviembre, allá para el 22...»¹⁰.

¹⁰ Vid. mi nota *Núñez de Arce escribe el poeta Emilio Ferrari. (Seis cartas de D. Gaspar)*. En *Revista de la Universidad de Oviedo*, Cuaderno de Filosofía y Letras, n.º de enero-abril 1947, págs. 127-132. Carta sexta.

La propuesta fué aceptada por unanimidad. D. Mariano Catalina, a la sazón secretario de la Academia Española, firma el siguiente comunicado dirigido a Emilio Ferrari:

La Real Academia Española eligió a V. S. mediante votación secreta y unánime en junta celebrada anoche para la plaza de número vacante en esta Corporación por el fallecimiento del Ilustrísimo Sr. D. Manuel Tamayo y Baus.

Lo que en cumplimiento de grato y honroso deber comunico a V. S. para su satisfacción. Dios guarde a V. S. muchos años.

Madrid, 18 de Noviembre de 1898.

El secretario interino,

Manuel Catalina.

§ 4.—Pasan los años y la recepción de Emilio Ferrari en la Academia Española no se verifica. Varias causas contribuyen a ello: su pereza—(el famoso novelador Fernández y González llamó a Ferrari «gran poeta, buen prosista y máximo holgazán»)—; la espera por Núñez de Arce para que confeccione la contestación al protocolario discurso—(«Isidoro Flórez y Miguel Moya estuvieron aquí y me hablaron de Vd. Preguntado el primero sobre la fecha de la recepción de Vd. en la Academia, me dijo que creía que aún se retrasaría la cosa, porque Vd. quería que le contestase Núñez de Arce, y como éste es holgazán... ¡velay! Ya veo que tendremos que esperar un ratito»). De una carta de Antonio Cortón, inédita hasta ahora, fechada en Barcelona el 30 de noviembre de 1900)—; el fallecimiento—1903—de Núñez de Arce; la salud del interesado, por estos años finales de su existencia hartamente quebrantada—(«la demora que ha sufrido mi dicha recepción, no se ha debido solamente a la índole del trabajo exigido para estos actos. El estímulo del tema que desde luego se impuso a mi entendimiento como a mi voluntad era acicate contra la repugnancia que V. indica; lo que produjo la tardanza fué una afección nerviosa, larga y grave, que me ha hecho sufrir horriblemente, imposibilitándome para todo. Aunque no total ni radicalmente curado me encuentro muy repuesto de ella»). De una carta de Emilio Ferrari a Teodoro Llo-

rente, hasta hoy inédita, fechada en Madrid el 26 de junio de 1905).

Por fin, el día 30 de abril de 1905 lee Ferrari su discurso de entrada en la docta corporación. Son unas páginas, (de las que enseguida se dirá), acerca de *La Poesía en la crisis literaria actual*. Le contesta el muy reciente Premio Nobel de Literatura, D. José Echegaray¹¹. La prensa madrileña dió cuenta del acto¹².

§ 5.—Luego de las rituales frases de recuerdo y elogio a su antecesor en el sillón académico «Q»¹³, justifica Ferrari el tema elegido para su discurso: «Llamado a vuestro seno en días críticos y angustiosos para España... comprenderéis que no haya acertado a substraerme a la obsesión de lo presente, y que juzgando que tal vez pueda ser útil sondearlo con valentía, y examinarlo reflejado en la literatura, fiel expresión de los estados sociales, me resolviera a ocupar vuestra atención en este instante con algunas consideraciones acerca de *La Poesía en la crisis literaria actual*», (págs. 11-12).

¹¹ *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Emilio Ferrari*. Madrid, 1905. Un folleto de 80 págs. (El discurso de Ferrari ocupa hasta la pág. 45; de la 49 a la 80 va la respuesta de Echegaray).

¹² Conozco las siguientes reseñas:

Heraldo de Madrid, n.º del 30-IV-1905; *Diario Universal*, 30-IV; *El Globo*, 2-V; *El Universo*, 2-V; *El Correo*, 2-V; *El Imparcial*, 2-V; *El Liberal*, 2-V; *El País*, 3-V.

En *El Liberal*, n.º del 30-IV, se publicó un artículo de Antonio Cortón: *Ferrari en la Academia*, anunciando la celebración del acto y destacando la personalidad del recipiendario.

En *La Ilustración Española y Americana*, en «Crónica General» que escribe José Fernández Bremón, se anuncia el acto: n.º del 30-IV; se da cuenta del mismo: n.º del 15-V.

(De alguna de estas reseñas periodísticas se hará uso más adelante).

¹³ Tamayo había sido elegido académico en 1858. Antes de él ocuparon el mismo sillón: Gonzalo Machado, Diego de Villegas y Quevedo, Carvajal y Lancáster, Duque de Alba, Bazán de Silva, Manuel Abella, Chimioni, García Arrieta y González Cabo-Reluz; después: Ferrari, Melchor de Paláu, Ribera y Tarragó, Salvador Bermúdez de Castro y Llanos y Torriglia. El día 30 de junio de 1949 fué elegido para ocupar este sillón el poeta Vicente Aleixandre.

El mundo de hoy atraviesa una crisis tremenda, tan cierta y evidente que nadie se atreverá a negarla. Afecta la crisis a todo género de actividades; llega también al Arte, a la Literatura. Aquí la crisis se llama *Modernismo*.

Abundan las tendencias literarias—máa estrictamente, tendencias poéticas—incluidas en la común denominación de Modernismo. El recipiendario las enumera y caracteriza así: «... sea que usurpen el nombre de *simbolistas* a todas las grandes obras de arte, sólo porque sus símbolos en vez de estar como en aquéllas revestidos de carne y palpitanes de vida se esfuman en abstracciones indefinidas y borrosas; sea que profanen el título de *místicas*, parodiando miserablemente con sutiles artificios, sino con refinamientos malsanos, aquel modo altísimo de poesía que entre nosotros ha sabido exhalar impresiones celestiales en la lengua más clara, limpia y tersa que hablaron nunca los hombres; sea que proclamen un ambiguo *esteticismo* pretendiendo divorciar a la belleza del bien y de la verdad, accidentes los tres de una misma substancia, y negándose a ver en la creación infinita y profunda más que exterioridades, apariencias, o conforme se ha dicho, gestos bellos; que se decoren con los estrambóticos dictados de *prerrafaelistas*, *instrumentistas*, etc., persiguiendo a todo trance la vaguedad por la vaguedad y la incoherencia por la incoherencia, con frases que a fin de contenerlo todo no han de contener nada; ora dando en un disparatado extremo se descoyunte el verso en líneas sin medida, ritmo ni rima, comparable a una prosa en delirio; ora cayendo en el opuesto, se alambique el cuidado de la forma hasta un *preciosismo* con que se nos volvería al tiempo en que las musas, incapaces de mayores empeños, pulían ceremonias en los estrados, muy relamidas y espetadas...» (págs. 19-20). Coronándolas se halla el Modernismo, «que es la resurrección de todas las vejeces en el Josafat de la extravagancia», (pág. 16).

¿Cuál es el motivo generador de tales «sectas flamantes»? Para Ferrari lo es «el predominio de un personalismo desaforado que haciendo tabla rasa de leyes, principios y vínculos comunes, per-

mite a cada cual erigirse en árbitro del gusto, dar como norma la propia deformidad o impotencia...», (pág. 20).

Entrando ya en el análisis de ese complejo innovador señala Emilio Ferrari dos manifestaciones típicas del mismo, a saber: 1.^a), Aislamiento; 2.^a), Aristocraticismo.

AISLAMIENTO.—«Siente o afecta» el poeta un «hosco impulso de aislamiento» que le lleva a encerrarse en la decantada *torre de marfil*. Hace alarde el poeta «hasta de la propia contradicción para llevar el disgregamiento a su último límite». «Divórciase aparatosamente del público». «Odia la naturaleza». «Todo lo humano es extraño a él», (pág. 22). // ARISTOCRATICISMO.—El poeta, encerrado en su *torre de marfil*, ajeno a todo lo humano, se vanagloria de «la singularidad a que por diferenciación» ha llegado su poesía. Cuando se refiere a la opinión, a lo que él llama vulgo, lo hace con desprecio, desdeñosamente (pág. 24).

Prosigue el análisis con el señalamiento y comentario de algunos de los recursos utilizados por los modernistas en sus creaciones, recursos no siempre de acuerdo con «los fines del arte verdadero», recursos de que se hace uso «a fin de producir interés bastardo». Son los siguientes: a), la novedad, «no la novedad divina, patrimonio del genio, sino la de las cajas de sorpresa»; b), el abuso de lo arcaico, «linaje de exotismo en el tiempo»; c), la rareza, que se consigue: 1.º, «por medio de un paganismo alquitarado y sutil, *bulevardiero* y 2.º, «por medio de las pantominas sacras»; d), la intemperancia en el lenguaje, que se ve reducido así a «un verbalismo huero, enloquecedor», (págs. 24-25).

Tras un paréntesis de varias páginas dedicado a la crítica, contra la cual se manifiesta Ferrari, vuelve éste sobre el Modernismo. Se pregunta ahora: ¿Que es el Modernismo? Y contesta: «El Modernismo es... lo contrario de lo moderno». Por moderno entiende Ferrari—nuestro post-romanticismo lo entendía así—: «Los ideales que cual cimientos de una ciudad futura, había amasado nuestra época con el sudor del esfuerzo y la sangre del sacrificio; y el modernismo sonriendo ante ellos, los corroe con la ironía o los barre-

na con el odio. Lo moderno es el impulso hacia la comunión de los espíritus en el pensamiento y en el amor; y el modernismo anhela una especie de emparedamiento egoísta, algo como una vida celular del alma. El arte para ser moderno habría de ser eco sonoro, extenso y vibratorio de los sentimientos generales, de las luchas contemporáneas con sus fracasos y sus triunfos, sus aspiraciones y desengaños, sus alegrías y tristezas; no en modo alguno galvanización de cosas muertas que pasarán como fantasma de un mal sueño. La literatura moderna pugnaba por la expansión y el aire libre, y se le tapiaban las ventanas abiertas al porvenir con cascotes de todas las ruinas. La literatura, en fin, y el arte moderno marchaban intrépidamente al compás de la civilización, y renegando de ella, se levanta a detenerlos ese clamoreo que lejos de sonar a renovador y juvenil, tiene un acento de siniestra decrepitud» (págs. 30-31).

Decrepitud, vejez... El llamado Modernismo es cosa vieja, muy vista ya. «¿Presumen por ventura esos heresiarcas de las letras [así llama Ferrari a los modernistas] haber inventado siquiera algún absurdo, alguna extravagancia, algún extravío nuevos», (pág. 31). Pues no, nada han inventado. «Leyendo el *Cancionero de Baena* se cree tener ante los ojos una antología modernista... Mas donde la analogía se señala plenamente hasta convertirse no ya en aire de familia, sino en inmediato parentesco, es en la desastrosa epidemia propagada a fines del siglo XVII», (pág. 32).

Todo se vuelven ataques a la Poesía, rudas embestidas. Por un flanco y por otro, sólo enemigos que acechan: los modernistas y los que hablan de la postración, de la ya próxima muerte de la Poesía.

Para estos últimos «el grandioso crecimiento de la ciencia, destruye el misterio generador de la Poesía», (pág. 37). Se formula el silogismo: Sin misterio no existe Poesía; la Ciencia destruye el misterio; luego... ¡Error patente!, clamará Ferrari. Ciencia y Poesía no andan en pugna, no se excluyen: «Lejos de este pretendido divorcio, la verdadera poesía es una especie de ciencia, intuitiva y es-

pontánea que, anticipándose a ésta, penetra el plan de la creación, adivina su desarrollo, bosqueja las fórmulas futuras; por bajo de los seres actuales presiente otros seres más perfectos, y se adelanta a su encuentro con las creaciones de su númen» (pág. 37) ¹⁴.

Pese a todo, Ferrari concluye su disertación en optimista: proclamando la inmortalidad de la Poesía, esperando confiadamente en un no lejano y esplendoroso renacer ¹⁵.

§ 6.—Sabemos—(por el fragmento de la carta a Llorente transcrita en el parágrafo 4)—que el tema de su discurso era especialmente grato a Emilio Ferrari, que un noble y a veces irritado apasionamiento le movía a tratarlo. A esta primera y sustancial materia vino a unirse la documentación que a lo largo de los años—de 1898 a 1904 inclusive—fué procurándose. Las creaciones de los falaces novadores, poetas franceses sobre todo—documentación de signo negativo—y algunos comentarios elogiosos de ellas o meramente informativos—tal los artículos que Gómez Carrillo enviaba desde París a publicaciones madrileñas—. De signo positivo (se entiende que para Ferrari), el libro de Max Nordau, *Degeneración* ¹⁶, traducido al castellano en 1902, y también artículos anti-moder-

¹⁴ El presunto antagonismo Ciencia—Poesía fué cuestión muy discutida entre nosotros en los años finales del siglo XIX y hasta en los primeros del XX. Sólo es posible aquí indicar alguna bibliografía a este respecto, Vid.: *Relaciones entre la Ciencia y la Poesía*, memoria leída en el Ateneo de Madrid por Carlos Fernández-Shaw; *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Melchor de Paláu*. Se ocupó Paláu de *La ciencia como fuente de inspiración poética*.

(De acuerdo con tal enunciado, concretos poemas del mismo Paláu y del ingeniero Gonzalo de Castro).

¹⁵ Creo no procede el detallar aquí la coincidencia de buena parte de las aseveraciones ferrarianas con textos coetáneos de otros autores que el lector interesado encontrará en mi anterior estudio *Algunas referencias sobre el anti-Modernismo español*, citado en la nota 1. Importa asimismo tener en cuenta el libro de Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (Madrid, 1951) en sus cuatro primeros capítulos.

¹⁶ Vid. págs. 12-16, epígrafe *El «diagnóstico» de Max Nordau*, del citado libro

nistas, muy frecuentes entonces, como *Poesía modernista*, original de Ramiro de Maeztu ¹⁷.

§ 7. —¿Qué acogida obtuvo discurso sobre tema de tan palpitante actualidad como el discurso de Emilio Ferrari? No cayó, desde luego, en el vacío, fué comentado larga y diversamente, Prueba del éxito de público conseguido vayan estas líneas (hasta hoy inéditas) del librero Fernando Fe al poeta Ferrari:

Madrid, 3 de mayo de 1905.

Muy Sr. mío: Ruego a V. se sirva mandarme los ejemplares que pueda de su discurso de ingreso en la Real Academia Española, pues el público me lo pide con insistencia.

Gracias anticipadas de su affmo. y s. s.

q. b. s. m.

Fernando Fe.

Casi todas las reseñas del acto académico se reducen a una breve noticia de lo que en el mismo sucedió; algunos informadores resumen a grandes rasgos el contenido del discurso. Importa destacar dos opiniones: la de Fernández Bremón, el cronista de *La Ilustración Española y Americana*, y la del revistero de *El País*, anónimo y afecto, por lo que parece, al Modernismo. Veamos.

El comentario de Bremón es el siguiente:

«Yo creo que harto imitamos o repetimos sin querer, para que no sea un bien buscar la novedad: que eso de la sinceridad es difícil de conocer aun en el trato de las gentes; ni veo peligro en las rarezas que se escriben, porque, o resulta algo bueno y eso nos ha-

de Díaz-Plaja. Y las páginas. 180-182, epígrafe *Una sátira y su réplica*, del libro de Guillermo de Torre, *La aventura y el orden*, n.º 208 de la «Biblioteca Contemporánea» de Editorial Losada. Buenos Aires, 1948.

¹⁷ Sabemos de estas fuentes periodísticas ya que los correspondientes recortes se encuentran entre los libros y papeles de Emilio Ferrari conservados por su familia y consultados por quien esto escribe gracias a su exquisita amabilidad.

llamos, o disparates que divierten: épocas como la actual son pintorescas. Y puesto que todos hemos de pasar por el día de juicio literario y entrar en la gloria, o sufrir el infierno de las burlas, o quedar en el limbo de la indiferencia, lo justo es, para que se exijan las responsabilidades, que también los modernistas gocen de la más amplia libertad de producción y todos la de la crítica, que es al fin lo que sucede y resulta inevitable».

La irónica referencia de *El País* merece ser trascrita en su integridad. Dice así:

«D. Emilio Ferrari se consagró a combatir los vicios de la literatura contemporánea, si bien en sus ataques incluyó también al divino D. Luis de Góngora. El modernismo, según el Sr. Ferrari, es «la resurrección de todas las vejeces en el Josafat de la extravagancia». Estas vejeces tienen una causa general que el nuevo académico llama *vórtice*, la cual consiste en esa «divinización del YO», propagada por Nietzsche. Citó luego de esto, el Sr. Ferrari, para discutir sus teorías con admirable acierto, a Mauricio Barrés, Guyau, Ibsen, Tolstoi y Mectterlinck. Luego pidió disculpa por «haber hecho estremecer las bóvedas» de la Academia «con teorías extranjerizas y nombres rechinantes, que habrán aquí de sonar a bárbaros».

En el Modernismo encuentra el Sr. Ferrari un afán de complicación, cuyo único motivo es el afán de notoriedad que ciertos intelectuales no pueden alcanzar de otro modo. Los modernistas, dijo, son «impudentes, que, triunfando de la malignidad por la insignificancia y atrayendo la atención por la rareza, se instalan con estrépito en la publicidad».

Combatió después a Góngora, Heredia y Baudelaire, los que han apellidado «a la casualidad *Clámide ilusoria*, al rojo de unos labios *púrpuras quiméricas*, y a las burbujas de un pantano *hipos de cristal*»; «sabido es —añadió— como en aquel tiempo decíase de cierta catedral, que la cúpula era *prosopepeya* y el templo *sinécdoque del arte y catácrexis de la gloria*; como en idéntica jerigonza llamábase a los olmos *verdes jayanes del soto*, a una ninfa cantando *lira de marfil viviente*, *lástimas sonoras* a los arrullos de las tórtolas, y *pámpanos de cristal* a los brazos de Venus».

En cambio de estas frases, el Sr. Ferrari llamó a las emociones *vírgenes delicadas*, dijo que sus palabras las sacaba del corazón y no de la costumbre, calificó la inspiración de Tamayo, de *caballo de sangre, indómito y bravo*. Habló además de la *pluma lamigosa del diitrambo*, del *embotado puñal de la inectiva*, de los *retóricos melindres* y de otras bellas cosas que la brevedad del espacio nos impide reproducir.

Su final fué un canto de esperanza a un no lejano renacimiento de la poesía. «Y prediquemos todos —exclamó— la *caridad intelectual*».

D. José Echegaray contestó con un profundo estudio de la personalidad del Sr. Ferrari. Hablando de Tamayo lo definió de manera maestra, diciendo: «Tamayo es el autor de *La bola de nieve*, el autor de *Lances de honor*, el autor de *Los hombres de bien*, el autor de esa obra admirable que se llama *Locura de amor*, y que es prodigio de arte, el autor de *Lo positivo*, el autor de *Virginia*, el autor de *El drama nuevo* (sic), que será eternamente nuevo, como será inmortal el nombre de su creador».

Hizo luego la biografía del nuevo académico y citó algunas de sus poesías más notables. Con gran entusiasmo, el Sr. Echegaray leyó aquellos hermosos versos que dicen así:

Y mientras con una mano
rige el potro jerezano,
que le bota en los arzones,
va con otra, cortesano,
saludando a los balcones.

La falta de espacio nos impide seguir las evoluciones de aquella cinta

que crece,
se separa y se acumula,
bulle, oscila, resplandece,
se desenrosca, se mece,
relampaguea y ondula.

En resumen: la fiesta realizada el domingo por la Academia de la Lengua, es de las más bellas y conmovedoras que pueden presenciarse¹⁸

§ 8.—«Ferrari tuvo palabras amargas para una poesía nueva que se había ido formando... Hubo oposición entre lo que representaba Ferrari y lo que representaba—o pretendía representar—la nueva escuela... Forzosamente han de existir rompimientos dolorosos en el desenvolvimiento literario. Los jóvenes no comprende-

¹⁸ Bernardo G. de Candamo objetó las aseveraciones del discurso de Ferrari en un artículo inserto en el n.º 1 de la revista madrileña *La anarquía literaria*, 1950, artículo que no he podido consultar.

rán a los viejos; los viejos—por su experiencia—están obligados a comprender a los jóvenes», escribió «Azorín»¹⁹.

Representaba Ferrari una manera o modalidad poética ya agotada, casi en la agonía. Por fortuna para la lírica hispánica nuevos caminos se mostraban, ricas posibilidades se ofrecían. Esto—el lado bueno del Modernismo, su necesidad, la «transformación definitiva» que significaba en nuestra poesía—fué lo que Emilio Ferrari no acertó a ver.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

Universidad de Oviedo

¹⁹ *Emilio Ferrari*, artículo en ABC, n.º del 15-III-1950, pág. 3.